

Cuadernos del Sur

Año 17 - Nº 32

Noviembre de 2001

Tierra  fuego
del

El día en que el sólido Imperio se desvaneció en el aire

*La guerra que vendrá
no es la primera. Hubo
otras guerras.
Al final de la última
hubo vencedores y vencidos.
Entre los vencidos, el pueblo llano
pasaba hambre. Entre los vencedores
el pueblo llano la pasaba también.*
BERTOLT BRECHT

Los atentados perpetrados en Nueva York y Washington el pasado 11 de septiembre resultaron sin duda alguna un parte aguas en la política internacional de las últimas décadas. El llamado *nuevo orden mundial*, gestado al calor de la caída del muro de Berlín y de los bombardeos generalizados contra el pueblo irakí, quedó enterrado bajo los escombros de las Torres Gemelas y el Pentágono, máximos símbolos del poder económico y militar norteamericano. Debemos remontarnos a los primeros años de la segunda guerra para recordar un hecho de similar envergadura contra los Estados Unidos. Sin embargo, Pearl Harbor era una base naval de la marina, y sus víctimas en su mayoría no eran civiles. La envergadura resulta aún mayor si tenemos en cuenta que el World Trade Center era el epicentro de la especulación financiera mundial, negociándose diariamente en sus oficinas alrededor de 50 billones de dólares, cifra cercana al doble del PBI generado en todo el planeta. De ahí que, parafraseando a los autores del *Manifiesto Comunista*, podemos expresar que la solidez del imperio norteamericano se desvaneció en el aire de la ciudad de Manhattan, junto con el tendal de víctimas dejado por los ataques terroristas.

Frente a este panorama, resulta muy difícil sustraerse a la fascinación que provoca el remitirse al mismo terrorismo practicado por los Estados Unidos desde comienzos de siglo de forma constante y sistemática, para expli-

car –o incluso en algunos casos extremos vanagloriar– los atentados. Sin embargo, querer justificar la masacre de civiles realizada por un grupo de fundamentalistas, basándonos en el historial imperialista norteamericano sería, cuanto menos, hipócrita. Ni la doctrina Monroe y el “Destino Manifiesto”, ni Hiroshima y Nagasaki, ni la guerra de Corea y Vietnam, ni las numerosas incursiones en el Líbano, Irán, Granada, Panamá, Sudán y la ex Yugoslavia, ni las 200.000 toneladas de bombas arrojadas en los últimos diez años sobre el Golfo Pérsico, ni el sin fin de las restantes operaciones militares que ha comandado EE.UU., pueden opacar un hecho tan repudiable y atroz como el de las Torres Gemelas. Ya Marx y Engels, hace más de un siglo y medio, se burlaban de aquellos que, en su afán de “guardarse a la historia en el bolsillo”, intentaban reducir acontecimientos como estos a una mecánica dialéctica del amo y el esclavo. Numerosos intelectuales, en especial en Argentina, han caído nuevamente en esta trampa teórico-política. ¿Tiene sentido discutir si el multimillonario Ben Laden, que luchó durante décadas por extirpar el comunismo de la faz de la tierra, puede ser considerado un revolucionario, luego de planificar el asesinato de miles de civiles indefensos? Creemos que no. Aún así, más allá de las interpretaciones maniqueas que proliferan, resulta imprescindible esbozar algún análisis, aunque más no sea provisorio, en relación con las consecuencias de los atentados para la futura lucha emancipatoria a nivel global:

Un primer eje a tener en cuenta es la erosión de la hegemonía político-militar de los Estados Unidos: ha quedado demostrado, luego del derrumbe de los más grandes emblemas del capitalismo mundial, que la defensa del país –anclada en el mega proyecto del escudo anti-misilístico y en más de una docena de servicios de inteligencia– puede ser burdamente vulnerada por un grupo de fanáticos a simple punta de cuchillo, tomando endeble el hasta entonces infranqueable *american way of life*. Ni siquiera las grandes potencias con un considerable poderío nuclear o atómico pudieron atacar (o al menos amenazar) el territorio nacional como lo han hecho los fundamentalistas el 11 de septiembre. En este sentido, el intelectual Noam Chomsky ha expresado que lo novedoso de los actos terroristas radica no solo en su escala o dimensión destructiva, sino ante todo en los objetivos elegidos.

Asimismo, a nivel económico-financiero, Norteamérica se encuentra en la antesala de un nuevo ciclo recesivo. La profundización de la crisis parece ser un dato incontrastable, al margen de las inyecciones dinerarias que puedan aplicar los Estados a sus engangrenadas economías. El comienzo de un nuevo escenario bélico a escala planetaria, si bien puede llegar a reactivar

var ciertos sectores industriales como el armamentístico, no permitiría, en principio, restablecer el patrón de dominación social roto a mediados de los '70, ni tampoco supondría una mayor *certidumbre* para los millones de estadounidenses aterrorizados tras los atentados. Vale la pena recordar que uno de los motivos principales de conflicto en aquella época fue el abastecimiento de petróleo. Actualmente, Norteamérica cuenta con reservas propias para apenas cinco años. En consecuencia, uno de los objetivos implícitos de la invasión a Afganistán es consolidar su hegemonía en una región tan rica en minerales como el Asia Central, con el fin de garantizar su supremacía geo-política y económica en las próximas décadas. A esto habría que sumar, por supuesto, la necesidad de perpetuar los extraordinarios negocios espurios de tráfico de drogas y armamento que se realizan en la zona, de los cuales participan activamente organismos como la CIA y el Servicio de Informaciones de Pakistán.

De ahí que, mal que nos pese, la contraofensiva iniciada por los Estados Unidos fuera totalmente previsible. La intensificación de su rol de Estado gendarme del mundo resulta imprescindible en un contexto en el cual, como mencionamos, comienza a desmembrarse su hegemonía a nivel planetario. También lo es la ampliación de su esfera de influencia continental, enmarcada en el Plan Colombia y el ALCA. En este último caso, el conflicto que subyace es la confrontación inter imperialista con respecto a la Unión Europea y el Bloque del Pacífico. Resulta, por tanto, más actual y pertinente que nunca la famosa expresión, puesta en la boca de los burgueses por Marx, de que “es preferible un final de terror, que un terror sin fin”.

Un tercer punto de considerable relevancia es que, a diferencia de las experiencias anteriores, la escalada de violencia que Estados Unidos ha emprendido no es convencional ni simétrica. Esto significa que, si bien en un primer momento los bombardeos masivos apuntaron hacia Afganistán, el objetivo último de los ataques es el “terrorismo internacional”, el cual abarcaría densas regiones geográficas, cientos de millones de poblaciones y civiles inocentes, así como decenas de organizaciones móviles, no del todo identificadas. Aparece así, de manera acabada, el concepto de “guerra total”: no es simplemente un combate en todos los frentes, es también –y sobre todo– una guerra que puede estar en cualquier lugar del planeta, una guerra totalizadora en donde *el mundo entero es el que está en juego*. Por lo tanto, además de “larga y cruenta”, como señaló Bush, al ser una guerra sin rostro ni fronteras, supondría un aumento exorbitante del gasto bélico de la potencia imperial a cifras que nos retrotraen al período del llamado “key-

nesianismo militar” reaganiano, esta vez para desarticular a un enemigo tan ignoto como difuso. En paralelo, cual juego de suma cero, se recortarían programas esenciales de educación, sanidad y seguridad social, imponiendo a los trabajadores y pobres del país del norte nuevos planes de ajuste estructural, tal como ya han comenzado a denunciar diversos sindicatos de Nueva York. Los atentados servirían así de pretexto para reformular la política económica interna, a los efectos de amortiguar la crisis en curso. Este hecho fue anunciado por el propio presidente Bush cinco días antes de realizarse los atentados terroristas, al expresar que “el único momento en que se puede tocar el dinero de la Seguridad Social es en tiempos de guerra”. La aplicación de férreos planes de austeridad se enmarca, por tanto, en la necesidad de recomponer el poder de la burguesía, amenazado por la debacle socio-económica.

Por otro lado, en relación a los Estados árabes, cabe señalar que los mismos no conforman un bloque homogéneo. Además del Corán, una de las pocas cosas que los une es que todos ellos tienen intereses directos que los ligan a la política estadounidense. Por eso resulta imprescindible distinguir el abismo que separa y opone a los gobernantes magnates del Medio Oriente, de sus pueblos oprimidos, que padecen dictaduras retrogradadas como las de Arabia Saudita y Pakistán, las cuales hoy en día no casualmente reciben el beneplácito de Norteamérica y la OTAN. Este tipo de regímenes, tales como el del general Pervez Musharraf, tendrán que actuar con suma cautela frente a una población en su mayoría musulmana que se muestra cuanto menos renuente a brindar su apoyo a la “nueva cruzada” liderada por los Estados Unidos. Bajo este contexto tan delicado, la guerra civil aparece como un fantasma difícil de conjurar. Por lo demás, algo está claro: problemas estructurales de esta índole sólo pueden hallar una posible solución en el mediano y largo plazo, y no arrojando nafta al fuego del conflicto, como pretende la soberbia occidental del gobierno de Washington.

En el caso concreto de Afganistán, la indiscriminada incursión norteamericana le ha granjeado un parcial consenso al gobierno talibán, opacando en parte las atrocidades cometidas en materia de derechos humanos en los últimos años en el país, especialmente en relación a la opresión femenina. El fundamentalismo islámico, al menos hasta el momento, se ha visto fortalecido en la región, desestabilizando políticamente a varios de los Estados vecinos que cuentan con una considerable porción de población simpatizante del régimen de Kabul. Los ataques aéreos realizados en las últimas semanas dejaron como único saldo el asesinato de un gran número de personas inocentes y la expulsión hacia zonas fronterizas de enormes con-

tingentes humanos, en su mayoría al borde de la inanición. Las probabilidades de eliminar a Ben Laden y a los militantes de Al-Qaeda, refugiados en regiones inhóspitas e infranqueables para las tropas estadounidenses, son cuanto menos remotas. Además, el posible triunfo de la Alianza del Norte no genera grandes expectativas. Cuando sus miembros gobernaron el país entre 1992 y 1996, la violencia y el caos generalizado forzaron el posterior triunfo de los talibanes.

Este y otros factores tornan la situación tanto o más delicada que hace un tercio de siglo en Vietnam. Por aquel entonces, el movimiento antibélico entonaba con profunda rabia las estrofas de una canción de Pete Seeger que, curiosamente, parecería haberse escrito para el presente conflicto. En ella se relatan las siguientes enseñanzas escolares de un niño, bajo un clima similar de guerra:

*He aprendido que Washington jamás dijo una mentira,
he aprendido que los soldados rara vez mienten,
he aprendido que todos son libres,
eso es lo que el maestro me ha dicho.
He aprendido que los policías son mis amigos,
he aprendido que la justicia es infinita,
he aprendido que los asesinos mueren por sus crímenes
aun cuando a veces cometemos algún error.
He aprendido que nuestro gobierno debe ser fuerte
que siempre está en lo cierto y nunca se equivoca.
Nuestros líderes son los mejores hombres
y los elegimos una y otra vez.
He aprendido que la guerra no es tan mala,
eso es lo que he aprendido en la escuela hoy.*

No obstante, una diferencia es crucial en relación con aquella época: el movimiento revolucionario se encontraba en ebullición. Hoy en día, por el contrario, existe un repliegue generalizado en gran parte del mundo, expresado en una correlación de fuerzas mucho más desfavorable para el polo del trabajo. En el caso particular de los Estados Unidos, los atentados han servido para exacerbar, por si hacía falta, el sentimiento patriótico y racista que anida desde hace décadas en la sociedad. Al día siguiente de la masacre, miles de personas se agolparon en las puertas de los principales supermercados, ansiosos por comprar la bandera que los enorgullece como nación. Para un sector importante de la población, la guerra aparece como so-

lución inmediata, y no como parte del problema a resolver. Esto tiene profundas connotaciones para el incipiente movimiento anticapitalista gestado al calor de las luchas callejeras en Seattle. El desconcierto que han generado los atentados en los llamados grupos “antiglobalización” es por demás considerable. Muestra de ello ha sido la escasa cantidad de gente que se sintió convocada por ellos a la *Marcha Nacional en Washington D.C. Contra el Racismo y la Guerra*, el pasado sábado 29 de septiembre.

En este sentido, es evidente que los atentados han logrado su objetivo primordial: sembrar el pánico en la sociedad norteamericana. Ese mismo pánico sufrido a diario por irakíes, colombianos y palestinos, por nombrar sólo algunos de los enemigos de “larga duración” amedrentados por los Estados Unidos. Este shock psicológico ha exacerbado la *paranoia* construida a lo largo de décadas por sus instituciones públicas y privadas, plasmada hasta el hartazgo en los filmes holliwoodenses. La diferencia entre éstos y la realidad, sin embargo, no es sutil: por primera vez, la posibilidad de una invasión o un bombardeo masivo resultó factible. El gran beneficiario de este clima de incertidumbre y miedo es, sin duda, el extremismo de derecha. Semanas atrás, la administración Bush decidió presentar ante el Congreso un extenso proyecto de ley que, en caso de aprobarse, le otorgaría facultades omnímodas a organismos represivos y de espionaje interno como el FBI, restringiendo las libertades democráticas más elementales. De esta forma, los sectores más reaccionarios de la sociedad norteamericana se han fortalecido enormemente en los últimos meses, y no sería descabellado pensar en algún tipo de vinculación entre los recientes ataques con ántrax y los numerosos grupos nazis que activan a diario en dicho país, a los efectos de consolidar el clima de histeria colectiva, explotando al máximo la tensión racial latente en buena parte de la población. Es probable que los sectores más perjudicados por esta política sean, además de los inmigrantes, los activistas que desde algunos años han comenzado a conformar redes de solidaridad y de resistencia frente a la mundialización capitalista.

En paralelo, un peligroso discurso se ha instalado en los principales medios de comunicación: quienes perpetraron los atentados –se afirma– son totalmente incomprensibles; sus actos no tienen sentido alguno. Los otros “luchadores mujaidin por la libertad” afgana, a quienes los Estados Unidos destinaron cientos de millones de dólares durante los años ‘80, han devenido –tras la eliminación del enemigo soviético– “hombres locos”, y los Estados de los cuales forman parte son denominados por el propio Bush como “canallas”. La tragedia argentina se repite como farsa a escala global: ayer, fueron un minúsculo grupo de militares descerebrados quienes enca-

bezaron la cruenta dictadura que dejó un saldo de 30.000 desaparecidos. Hoy, nuevamente, se simplifica un proceso complejo y multifacético como es el de Medio Oriente, apelando a descalificativos que sirven, a la vez, de chivo expiatorio respecto de las responsabilidades que le caben a países como Estados Unidos o Inglaterra en el entrenamiento de grupos extremistas como Al-Qaeda. No obstante, las similitudes con la retórica de las FF.AA. y la clase dominante durante el genocidio perpetrado desde el Estado argentino no terminan allí: semanas atrás, el primer ministro de Italia, Silvio Berlusconi, apeló a la *civilización occidental y cristiana*, en la cruzada contra la “barbarie oriental”. Idéntico argumento esgrimieron quienes arrojaban seres humanos vivos al mar a finales de los años ’70 en nuestro país. En consonancia, un general inglés, llamado Julian Thomson, propuso que para combatir lo que él denomina “terrorismo internacional”, deben utilizarse métodos “clandestinos”, tales como la desaparición forzada de personas. ¿Demasiadas coincidencias, no?

Huelga expresar que, pese a este conjunto de factores desfavorables (o precisamente por ello), la lucha anti-capitalista no debe quedar opacada. El discurso pacifista en abstracto, vaciado plenamente de contenido, ha impregnado el debate actual, olvidándose que el Estado norteamericano (distinguido claramente del pueblo estadounidense) en tanto gendarme del orden mundial, debe ser combatido prácticamente a través de múltiples frentes, *no sustituyendo a las masas*, sino confluyendo con ellas. La consigna del Che, más de 30 años después, se reactualiza: crear dos, tres, muchos Vietnam!.

Pero, ¿cuál es el Vietnam del siglo XXI? Seguramente no la lucha de los fundamentalistas islámicos. Sí, quizás, la del Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra en Brasil, la de los Zapatistas chiapanecos o, por qué no, la librada en Seattle, Praga y Génova. En rigor, no hace falta irse tan lejos: el movimiento piquetero, gestado al calor de las políticas neoliberales impuestas en Argentina, comienza a sembrar las semillas de un futuro venturoso, en la medida en que deviene un movimiento social y político de confrontación contra el sistema, plenamente autónomo y de participación democrática.

Vale la pena, para finalizar, recordar las palabras expresadas por Toni Negri recientemente en estas mismas páginas: “el terrorismo podrá ser anulado sólo cuando los límites de la democracia, y por lo tanto los límites de la misma figura del Estado contemporáneo, sean superados”. La lucha por la conquista de la *verdadera* democracia, tan ansiada por Marx, resulta en este contexto más imprescindible que nunca. En última instancia, la dico-

tomía continúa siendo *Socialismo o Barbarie*. De nosotros depende que el primero se imponga y que la segunda sea enviada, definitivamente, al basurero de la historia. Por lo pronto, la cita de Brecht con la que iniciábamos el editorial resulta trágicamente actual: de ambos lados, los oprimidos –en tanto espectadores forzados de este conflicto bélico tan dramático a escala planetaria– serán los más perjudicados. De ahí que se torne acuciante la reappropriación del escenario histórico, para impedir que ello ocurra.

HERNÁN OUVIÑA
Buenos Aires, noviembre 2001



realidad Económica

/ADE

Hipólito Yrigoyen 1116 (1088) Buenos Aires